

en la grupa, y hasta en el cuello de sus caballos. A fuerza de cuidado y de paciencia, uno á uno, dos á dos, en larga fila consiguen dividir al fin la multitud, poniendo así un dique á aquella masa inmensa; queda desembarazada la verja, se restablecen las comunicaciones y puede ir desfiliando el gentío. Se establecen ambulancias en el cuartel, á donde se llevan los heridos y se les prodigan los cuidados mas delicados y solícitos.

Preguntados los oficiales y soldados quién habia merecido el premio de inteligencia aquel dia, todos por unanimidad designaron á Martinel.

§ IX. GENEROSIDAD.

El que hace lo que debe es justo, el que hace mas es generoso. (B.)

La probidad tiene sus límites, y para la generalidad de los hombres es ya mucho llegar á ellos: pero la virtud y la generosidad pueden extenderse hasta lo infinito; puede retrocederse de estos límites, pero pasar de ellos nunca. (*Curso de moral.*)

El hombre generoso contesta á las injurias con beneficios, y á los beneficios con otros mayores. (B.)

Devolviendo mal por mal imitais lo que vituperais; vengándoos con beneficios, haciendo bien y haciéndolo á un enemigo, doblais vuestra gloria. (MADAMA DE LAMBERT.)

La superioridad de un alma que no solo se inclina ante la ley y la razon, el orgullo generoso de un corazon sinceramente virtuoso que no espera otra recompensa sino la virtud misma, tal es la verdadera grandeza de alma. (AGUESSEAU.)

El campo de cebada.

[Siglo XVIII.]

Durante la guerra de los franceses en Alemania en el siglo pasado, recibió un capitán de caballería el encargo de ir á forrajear. Se pone en marcha á la cabeza de su escuadron y va al punto que le habian designado. Era un valle solitario en el que no se veian sino algunos bosques; descubre una pobre cabaña, se dirige á ella, llama, y sale á abrir un viejo campesino con toda la barba blanca. « Buen

hombre, le dijo el oficial frances, ¿podeis indicarme un campo donde pueda hacer forraje para mis caballos? — Por supuesto, » responde el anciano, y poniéndose á la cabeza de la tropa sube con ellos por el valle. Despues de un cuarto de legua de marcha llegan á un hermoso campo de cebada. « Aquí tenemos lo que nos hace falta, dice el capitán. — Venid un poco mas léjos, le contestó su guía, que no os pesará. » Continuaron su marcha, y un cuarto de legua mas allá encontraron otro campo de cebada. Los soldados echaron pié á tierra, segaron la cebada, la ataron en gavillas y dispusieron su marcha. El oficial dice entónces á su guía: « Nos habeis hecho andar mas sin necesidad, pues el primer campo que hemos visto era mejor que éste. — Sí, señor, responde el honrado anciano, pero éste es mio y el otro nó. »

Bien por mal.

En una pequeña ciudad de Alemania vivian dos hombres, cuyo oficio era cortar y aserrar madera. Hans, que tal era el nombre de uno de ellos, tenia envidia de Enrique, su cofrade, porque le empleaban con mas frecuencia. Esta preferencia era muy natural, porque Hans era brusco, grosero, importuno, y jamas se daba por contento, al paso que Enrique aceptaba agradecido lo que le daban, por poco que fuese, sucediendo con esto que á veces le pagaban mas de lo que valia su trabajo; así es que no podia dar abasto á todo. Cada vez que pasaba Hans por la calle donde trabajaba Enrique, no dejaba de hacerle alguna mala jugarreta; ya, como por casualidad, le derribaba un caballete, ya cortaba la cuerda de la sierra, ó si podia apoderarse de su hacha le quebraba el mango.

Aconsejaron al ofendido se quejase á la justicia, y él contestó: « No; miéntras yo tenga brazos, no me impedirá Hans ganar mi subsistencia. » Y sobrellevaba todo con paciencia.

Un dia que estaba ébrio Hans, puso fuego á su propia

casa sin querer y perdió todo lo que tenía; él y su familia pudieron salvarse. La desgracia excitó generalmente la compasión, y ya el uno le daba una cama, otros vestían á sus niños, cediéndoles entretanto una pobre boardilla por vivienda. Por la noche oyeron que llamaban con discreción á la puerta; Hans abre y se estremece al ver á quien tanto había ultrajado y quiere rechazarle violentamente, pero Enrique le dice: « Tengo dos hachas, y como no puedo servirte de las dos á un tiempo, te traigo ésta. Acabo también de comprar una sierra nueva y he arreglado este caballete, que pongo á tu disposición. El mercader, que vive aquí cerca, me ha enviado á decir que tendrá trabajo mañana para mí, y he contestado que enviaré otro en mi puesto; vé muy temprano y dirás que vas de mi parte. »

Hans, á pesar de su carácter duro, se conmovió á la vista de tan noble proceder; alargó la mano á su bienhechor, quien continúa hoy encargándole el trabajo que él no puede hacer.

Noble venganza.

Después de apoderarse Berenger¹ de la corona de Italia, encerró en una torre á la reina Adelaida, viuda del último rey. El tirano y su esposa Hilla atormentaron cruelmente á su prisionera para obligarla á que se casara con su hijo. Othon², rey de Alemania, consiguió devolverla su libertad haciendo prisionera á Hilla, á quien puso en manos de Adelaida. Hilla esperaba ser tratada con crueldad, como lo merecía; conducida ante Adelaida, la dijo mirándola con furor: « Una sola falta he cometido en mi vida y es no haberos dado la muerte cuando estábais en mi poder. — Pues yo, dijo Adelaida con reposado semblante, haré al menos en mi vida una buena acción, y es devolveros la vida y la libertad. Id á reuniros con vuestro marido y tratad de persuadirle para que cese de ser perverso, y con eso dejará de ser infortunado. »

1. Berenger II, murió en 968.

2. Othon I, llamado el Grande, rey

de Germania y luego emperador; falleció en 973.

El enemigo generoso.

Un odio hereditario reinaba entre dos jóvenes de Quercy, llamados Resnier y Vesins; el primero era protestante y el segundo católico; la divergencia de religión había aumentado su aborrecimiento y la guerra civil le había agriado.

Hallábanse ámbos en París en la fatal época de la San Bartolomé¹. La ocasión era favorable para Vesins, que toma sus armas, monta á caballo, y seguido de algunos hombres armados, se dirige á casa de su enemigo. Resnier, despertado hacia poco por el rumor que se oía en las calles, y sabedor del peligro que le amenazaba, se había puesto á orar y esperaba la muerte. De repente se presenta Vesins ante él, y sin tratar de defenderse, le dice mostrando su cabeza, *que no le costaría nada*.

Otras eran las intenciones de Vesins. Dice á Resnier que tome sus armas, le hace montar en un caballo que tenía listo, le sirve de escudo para preservarle de los riesgos que corría en París, le conduce hasta Quercy, su país natal, y le pone en brazos de su esposa y sus hijos, que no esperaban ya volver á verle.

¡Júzguese de la impresión que causó en aquella familia la buena acción de un hombre, cuya animosidad era conocida. Extremado fué su regocijo, y sin límites su agradecimiento; quisieron hacer magníficos regalos á Vesins, que los rehusó, dando al contrario á Resnier el caballo que le había conducido, y se contentó con disfrutar del delicado placer de haber sido generoso.

Hebron.

En vano había ensayado Gustavo Adolfo² forzar los

1. 24 de agosto de 1572. En aquella terrible noche fueron pasados á cuchillo los protestantes que se hallaban en París, por orden de Carlos IX, á instigación de su madre Catalina de Mé-

dicis.

2. Rey de Suecia; hizo la guerra en Alemania, donde alcanzó notables victorias; fue muerto en la batalla de Lutren que ganó en 1632.

atrincheramientos del enemigo en Nuremberg¹. La noche se acercaba despues de una sangrienta lucha, pero de tal modo habian avanzado los suecos, que el regreso á su campamento ofrecia sérios peligros. Bien lo veia Gustavo, y buscaba con la vista un oficial experimentado á quien poder confiar tan difícil encargo, cuando se encontró con el coronel Hebron, escocés y valiente soldado, que, sin tomar parte en la accion, seguia las diferentes fases del combate; creia haber sido ofendido por el rey, y habia pedido y obtenido su licencia, habiendo hecho juramento solemne pero irreflexivo, de no sacar la espada en su servicio; sin embargo, Gustavo Adolfo se dirigió á él para que ordenase la retirada.

« Los instantes son preciosos, dijo Gustavo, el ejército corre gran peligro si la retirada no es bien dirigida. Si es verdad que me aborreceis, yo os ofrezco una buena ocasion para vengaros; ordenad la retirada y contribuireis á salvar vuestros antiguos compañeros; obligadme á deberos tanto agradecimiento como estimacion os profeso. — Señor, replicó el valeroso escocés, Vuestra Magestad ha obrado acertadamente al pedirme ese servicio, que es el único que no puedo rehusar, puesto que hay cien probabilidades contra una de perder mi vida. »

Dice, y arrojándose donde es mas vivo el fuego, se abre paso hasta los escuadrones mas expuestos; los reúne, transmite las órdenes de Gustavo á la infantería que ya se veia en grave aprieto, y comienza la retirada haciendo siempre frente al enemigo; Hebron la apoya con la caballería. A pesar de todos los esfuerzos del enemigo, la retirada se lleva á cabo en buen orden y con brillante éxito. Manda llamar Gustavo á Hebron para manifestarle su agradecimiento, y le ofrece recompensas capaces de tentar el hombre mas desinteresado. « El juramento que he hecho, dice Hebron, no me permite aceptar; me pongo en

1. Ciudad libre entonces, y una de las mas antiguas de Alemania; hoy pertenece á Baviera. Se fabrican en

ella juguetes de niños é instrumentos de música.

camino y jamas sacaré mi espada sino en defensa de mi patria. »

Biron.

Hallábase en Paris el almirante Rodney cuando el año 1778¹ estalló la guerra entre Inglaterra y Francia. Era un marino distinguido, pero su conducta dejaba mucho que desear. Cuando comenzaron las hostilidades, hubiera querido salir de Francia para ponerse al frente de la marina inglesa, pero estaba acibillado de deudas, y solo pudo tranquilizar á sus acreedores con la promesa de no salir de Francia sin haberles pagado; de modo que estaba prisionero bajo palabra de honor. En este tiempo habian conseguido los franceses algunas ventajas notables sobre los ingleses, y como se hablara de ello en un banquete que daba en Paris el duque de Biron, el almirante Rodney, que era uno de los convidados, dijo con aire orgulloso: « Buena fortuna tienen vuestros compatriotas con que estén tan mal mandados los ingleses; vuestros almirantes no saben lo que se hacen. Si yo estuviera á la cabeza de la armada inglesa, no tardaria la vuestra en ser destruida; pero desgraciadamente me veo forzado á la inaccion. — Pues que eso no os detenga, respondió Biron; yo me obligo á pagar vuestras deudas; podeis marchar, señor almirante, y vereis si los franceses os tienen miedo. »

Pagó en efecto todas sus deudas; Rodney tomó el mando de las escuadras inglesas, y á pesar de la habilidad que desplegó, vió que en efecto no infundió pavor á los marinos franceses.

1. Habiéndose sublevado las colonias inglesas de América contra su metrópoli, fueron los franceses en su auxilio, consiguiendo las colonias su independéncia; formaron un Estado

con el título de Estados Unidos de América. Tal fue el objeto de la guerra de 1778, en la que se distinguió el marques de Lafayette.

El archiduque Carlos y el general Moreau.
[1800.]

Yendo el Archiduque Carlos¹ á ponerse al frente del ejército austríaco contra los franceses mandados por Moreau, encontró en el camino algunos soldados austríacos heridos que su coronel había abandonado; ni aun caballos tenían aquellos infelices por conducir sus carros. Carlos ordenó en el acto que se emplearan con este objeto los caballos de la artillería: « La vida de un valiente, dijo, vale mas que cincuenta piezas de artillería. » Aquellos cañones cayeron en poder de Moreau, pero, sabedor éste por qué los había abandonado Carlos, no quiso conservarlos, pues, demasiado noble para aprovecharse de una ventaja debida á la humanidad de un jefe enemigo, le dejó las piezas.

Almaque.
[311.]

Desde los confines de Oriente llegó á Roma un piadoso anciano llamado Almaque², con la esperanza de obtener la abolición de los horribles juegos del circo, donde peleaban unos hombres contra otros ó con las fieras, para distracción de los espectadores. El paganismo reinaba todavía en Roma, que estaba sometida entónces á un príncipe llamado Majencio. Llega Almaque al circo, cuyas gradas ocupaba una multitud innumerable; ya estaban en la arena los gladiadores esperando á los tigres y leones que rugían en sus jaulas de hierro y se abalanzaban con rabia contra los hierros. Salta Almaque á la arena y ruega á los romanos renuncien á aquellos placeres crueles, en los que por vía de diversion se expone la vida de los hombres. La multitud contesta con una explosion de furor, y por todas partes resuena el grito feroz: « ¡A las fieras el cris-

1. Hermano de Francisco II, emperador de Austria y hábil general. Los príncipes de la casa de Lorena tenían

el título de archiduques.

2. Algunos historiadores le dan el nombre de *Telemaco*.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON SUS SEMEJANTES. 321

tiano, á los leones. » En el instante ábrense las puertas de las jaulas y Almaque parece víctima de su tentativa, pero con su muerte consiguió lo que deseaba; el circo, regado con su sangre no volvió á abrirse, y desde aquel día quedaron abolidos aquellos juegos sangrientos¹.

§ X. DEBERES PARA CON LA PATRIA.

Nosotros amamos á nuestros padres, nuestros hijos, nuestros deudos y amigos; mas la patria resume en sí todos estos afectos. (B.)

Acordaos sin cesar de que la patria tiene derechos imprescriptibles y sagrados sobre vuestro talento, vuestras virtudes, vuestros sentimientos y vuestras acciones; que en cualquier situacion en que os halleis, estais como soldados de guardia, obligados á velar por ella continuamente y á volar á su socorro al menor peligro. (BARTHELEMY.)

El que se sacrifica por su patria muere contento y con gloria.

Es un crimen irritarse con la patria:

Para que la patria sea dichosa es preciso que los magistrados obedezcan las leyes y los ciudadanos á los magistrados. (*Moralistas antiguos*.)

Cuando se trata de servir á la patria deben cesar las discusiones y callarse nuestras pasiones; desaparece el hombre y solo queda el ciudadano. (B.)

El combatir contra la propia patria es obrar contra la naturaleza. (FRANCON.)

Un gran príncipe: Carlo Magno.
[783-814.]

Incumbe principalmente al jefe de un Estado cumplir con religioso cuidado todos sus deberes para con el pueblo, y bajo este concepto, como bajo otros muchos, debe citarse como modelo á Carlo Magno.

Este príncipe era rey de Francia y emperador. Vivía en una época de ignorancia, pero amaba el estudio con pasión é hizo todo lo que pudo por ilustrar á sus pueblos.

Puso el mayor esmero en instruir á la juventud; visitaba á menudo las escuelas, adonde acudían los hijos de

1. Majencio fué vencido por Constantino, primer emperador cristiano;

y huyendo por un puente, se hundió este éi y pereció ahogado.